

EN BUSCA DEL FINAL DEL ARCOIRIS

En un pequeño pueblo rodeado de montañas y quebradas, vivía una pequeña niña llamada Elena. Desde muy joven, la vida le enseñó lecciones difíciles. Su madre, enferma y débil, luchaba por cuidar de ella y de su hermano menor, Luis. La ausencia de su padre los dejó en una situación desesperada. A pesar de su tierna edad, Elena sintió el peso de la responsabilidad y se puso a trabajar para ayudar a su familia.

Elena cuidaba de su hermanito muy a menudo debido a que la mamá de ambos sufría fuertes dolores y fiebre constante, Elena le leía cuentos a su hermanito, jugaba con él, le cantaba canciones, hasta incluso le empezaba a enseñar un poco el abecedario.

Elena trabajaba limpiando las hojas que caían del otoño en las fachadas de las casas de algunos vecinos, también trabajaba vendiendo dulces en algunas reuniones vecinales que la gente del pueblo tenía, incluso recolectaba hojas de maíz, cascaras de frutas o algunos restos de comida que las cocinerías tiraban, para luego venderlas a las personas que criaban cerdos, era una forma muy común de alimentar a los cerdos en el pueblo.

También uno de sus trabajos era de lustrabotas, preparaba su lustrin en la noche con las pastas de zapatos, franelas y escobillas, llevaba en el hombro su lustrin, salía desde muy temprano en la mañana, a la pequeña plaza del pueblo y a la feria, ahí también veía como algunos niños así como ella también trabajan, y dejaba la vergüenza de lado y se ponía a cantar y pensaba “ soy la mejor hermana del mundo! a Luisito no le faltara nada y reirá y jugaremos mucho cuando vuelva a casa, y mama estará muy orgullosa de mi”

Un día, mientras caminaba por los campos cercanos, Elena vio un arco iris en el cielo después de una tormenta. En su inocencia, recordó las historias que su madre le contaba sobre la olla de oro al final del arco iris, capaz de conceder cualquier deseo. Con el corazón lleno de esperanza, decidió emprender un viaje para encontrarla y así ayudar a su familia a salir de la pobreza.

El camino de Elena no fue fácil. Tropezó y se cayó muchas veces, pero cada vez se levantaba con determinación en los ojos. En su viaje, conoció a personas amables y otras no, una tarde en su trayecto, cansada y con hambre, entro a un pequeño huerto donde crecían sandias, la niña famélica y después de llamar varias veces si había alguien en la pequeña choza junto al huerto, fue al cultivo y

con una piedra afilada que encontró empezó a cortar la raíz que unía a una sandía.

Y de pronto cuanto ya se iba con la sandía, salió de la choza un anciano furioso gritándole para que dejase la sandía, Elena solo atino a correr y como vio que el anciano la perseguía, se arrojó a un riachuelo y se aferró a la sandía aunque chamuscada por las ramas que flotaban en el río y algunas rocas que la lastimaron, sin embargo logró estabilizarse y flotar río abajo donde la corriente era más débil. Salió del agua, cansada, asustada, desorientada por el hambre y la corriente del río, tomó la sandía y trató de abrirla golpeándola en las rocas, tirándola al piso, y después de tanto intentar, la volvió a tomar y la soltó sobre una roca más grande, y así finalmente logró partirla para devorarse prácticamente la mitad, y por supuesto guardó lo que quedaba para continuar el viaje, ya que estaba siendo difícil conseguir alimento, el camino era montañoso y desolado, afortunadamente a la mañana siguiente, comenzando las primeras horas de la mañana después de tanto caminar, también conoció personas que le ofrecieron ayuda. Un anciano sabio le enseñó lecciones valiosas sobre la vida y que una niña no debería ir sola sin compañía de su familia por lugares tan desolados y que podrían resultar peligrosos.

En la tarde de esa mañana también conoció a un granjero generoso que le proporcionó comida y le ofreció refugio para ella y su familia. Estos encuentros llenaron el corazón de Elena de gratitud y le dieron fuerzas para seguir adelante.

Finalmente, después de muchas adversidades, Elena llegó al final del arco iris. Sin embargo, no encontró ninguna olla de oro mágica esperándola. En lugar de desesperarse, decidió mirar a su alrededor y se dio cuenta de algo increíble: el suelo estaba cubierto de frutas silvestres y deliciosas que brillaban con los colores del arco iris.

Con cuidado, Elena recolectó las frutas y las llevó al mercado de su pueblo. La gente quedó asombrada por la dulzura y frescura de las frutas que había encontrado. Pronto, su pequeño puesto de frutas se convirtió en el lugar más popular del mercado. Los lugareños y viajeros de regiones cercanas venían en masa para probar las frutas de Elena, maravillados por su sabor único y exquisito.

Con el dinero que ganó vendiendo las frutas, Elena pudo comprar medicinas para su madre y alimentos nutritivos para su hermanito Luis. También invirtió parte del dinero en comprar más variedades de frutas y otros productos para vender. Con astucia y determinación, expandió su negocio y comenzó a comerciar con otros pueblos cercanos.

Con el tiempo, el negocio de Elena creció más allá de lo que jamás hubiera imaginado. Se convirtió en una empresaria próspera y respetada en la región. Pero lo más importante, su historia se convirtió en un ejemplo de valentía y perseverancia para todos en el pueblo y más allá.

La dulce fruta del arco iris no solo llenó el estómago de las personas, sino también sus corazones de esperanza y admiración. La historia de Elena recordaba a todos que, incluso en los momentos más oscuros, la perseverancia y la fe pueden llevarnos a lugares inimaginables y abrir las puertas a un futuro lleno de posibilidades.